

San Lorenzo Diácono, Mártir

El día 10 de agosto la Iglesia celebra la fiesta de San Lorenzo, uno de los tres diáconos mártires más famosos, juntamente con San Esteban y San Vicente. Resumamos su vida en las siguientes líneas.

1º Nacimiento y primera formación de Lorenzo.

Nació San Lorenzo en España, en una casa de campo situada a dos millas de Huesca. Su padre se llamaba Orencio, y su madre Paciencia. Lorenzo fue cristiano desde su cuna, pues sus padres, cristianos ya, lo bautizaron y educaron en el conocimiento y en la práctica de las leyes de Dios. Comenzó su educación literaria en Zaragoza, y allí lo conoció Sixto II, que se unió a él por los lazos de esa dulce y santa amistad que sólo acabó con el martirio de ambos. Pidióle San Sixto que lo acompañara a Roma, y así lo hizo San Lorenzo, acabando en la Ciudad Santa su formación. Allí fue iniciado también en las órdenes sagradas, y recibió el diaconado.

2º Apostolado del diácono Lorenzo en Roma.

Cuando Sixto II fue llamado a ocupar la cátedra de San Pedro, confió el cargo de arcediano a su querido Lorenzo, por la grandísima confianza que le inspiraban las virtudes y talentos que había desplegado en el clero de Roma. Lorenzo fue así puesto a la cabeza de los siete diáconos, a imitación de los otros siete diáconos elegidos por los Apóstoles en Jerusalén, para presidir a los diferentes barrios de la ciudad, con el encargo especial de cuidarse de los pobres, de los enfermos y de las vírgenes consagradas a Dios, y de administrar los bienes y donaciones hechas a la Iglesia. Supo San Lorenzo dispensar equitativamente esos tesoros, llevando la vida de los pobres. Y fue precisamente su fidelidad escrupulosa en la gestión de los bienes de la Iglesia, lo que le valdría la palma del martirio.

3º Actitud heroica de Lorenzo durante la persecución.

Cuando Valeriano tomó las riendas del Imperio, se mostró benévolo hacia los cristianos, y los favoreció más que todos sus predecesores. Pero el año 257, combatiendo en Oriente a los Bárbaros que invadían el Imperio, su ejército y una parte de las provincias romanas fue devastado por la peste. Ante esta desgracia, Vale-

riano buscó un remedio en la magia, y los adivinos de Egipto a que acudió le convencieron de que la causa de todo ello habían sido los adoradores de Cristo. Por eso Valeriano dirigió al Senado un decreto de persecución de los cristianos en la capital del Imperio, Roma.

San Sixto fue el más cruelmente atacado: apresado enseguida, se le obligó a ofrecer incienso a los ídolos; mas como se negara a ello, fue cargado de cadenas y encerrado en la cárcel Mamertina. Al saber Lorenzo que su Pontífice había sido apresado y que pronto perdería la vida por la fe, fue a verlo a la prisión para pedirle que le permitiese acompañarle en su martirio:

«¿Dónde vais, Padre mío, sin la compañía de vuestro hijo? ¿Qué pretendéis hacer, Pontífice santo, sin aquél a quien habéis escogido como ministro de los santos altares? Jamás os he visto celebrar los santos Misterios sin vuestros ministros. ¿Qué habéis encontrado en mí que os desagradara? ¿Me creéis capaz de alguna traición o flaqueza? Probadme, y veréis que no soy un ministro infiel. Hasta el presente me habéis confiado siempre la dispensación de la Sangre de Jesucristo, ¿y ahora me negáis el honor de mezclar mi sangre con la vuestra?»

San Sixto, conmovido por los sentimientos de su valiente diácono, lo consoló con las siguientes palabras:

«Lejos de mí, hijo mío, el abandonarte; pero la fe de Jesucristo te llama a mayores combates que los míos. Anciano como soy, se me preparan sólo ligeras pruebas; pero a ti, que estás en la flor de tu edad, se te reserva un triunfo mucho más glorioso. Deja, pues, de verter lágrimas; si yo voy a derramar mi sangre por el Evangelio, tú derramarás la tuya por la misma causa. Ten paciencia todavía tres días, y verás tu fin semejante al mío. Mientras tanto, cuídate de distribuir, según tu prudencia, los tesoros de la Iglesia que a ti te he confiado».

Obedeciendo fielmente a su Sumo Pastor, Lorenzo fue por toda Roma para buscar a los cristianos pobres en las casas donde se habían escondido, y socorrerlos en sus necesidades. Pasó toda la noche en ejercicios de caridad, lavando los pies a todos los eclesiásticos, confortando a los cristianos a los que llevaba su ayuda material, y curando con la señal de la cruz a varios enfermos, entre ellos un ciego, a quien devolvió la vista. A la mañana siguiente, viendo cómo llevaban a San Sixto al suplicio, le gritó desde lejos:

«¡No me abandonéis, Santo Padre! He hecho todo lo que me habéis ordenado, he distribuido a los pobres los tesoros que me habíais confiado».

Los soldados que conducían a San Sixto oyeron a Lorenzo y, después de apresarlos, comunicaron la noticia al emperador Valeriano, que se alegró de ello, lo hizo traer a su presencia, lo interrogó sobre diversos puntos, y le ordenó revelar el lugar donde había escondido los tesoros de la Iglesia. Como San Lorenzo se negó a contestarle, lo entregó en manos de un tal Hipólito, caballero romano, que lo encerró con otros prisioneros.

Había entre esos prisioneros uno, llamado Lucilo, que se había vuelto ciego. San Lorenzo, compadeciéndose de él, le habló de Aquél que en otro tiempo había abierto los ojos al ciego de nacimiento, y le prometió que, si creía en Jesucristo y

se bautizaba, lo curaría. Lucilo consintió a ello, diciéndole que hacía tiempo que deseaba bautizarse. Al punto le administró el santo diácono este sacramento, y con la luz del alma recibió Lucilo también la luz del cuerpo. Como este milagro se divulgó enseguida por la ciudad, gran número de ciegos acudió a los pies de Lorenzo para recibir de él el don de la vista. Lorenzo los curó a todos con la señal de la cruz. El mismo Hipólito, a la vista de tantas maravillas, quedó admirado, y pidió a San Lorenzo que le hiciese conocer los tesoros de que había hablado.

«¡Oh, Hipólito! –le contestó Lorenzo–, si quieres creer en Dios, Padre todopoderoso, y en su Hijo Jesucristo, me comprometo a hacerte ver grandes tesoros, y te prometo la vida eterna».

Tal impresión hicieron estas palabras sobre el corazón de Hipólito, que se convirtió a la fe y recibió el bautismo de manos de San Lorenzo con toda su familia, compuesta de diecinueve personas.

4º Martirio de San Lorenzo.

De nuevo ante Valeriano e interrogado de nuevo sobre sus tesoros, Lorenzo solicitó tres días para reunirlos; el tirano se los concedió, ordenando a Hipólito (cuya conversión ignoraba) que lo acompañara a todas partes. San Lorenzo reunió a todos los pobres, ciegos, cojos y menesterosos que pudo encontrar, y con este séquito fue al palacio del emperador, diciéndole:

«Augusto príncipe, estos son los tesoros de la Iglesia, que siempre crecen sin disminuir jamás, que se extienden por todas partes y que todos pueden poseer».

Valeriano, indignado por esta sorpresa, hizo traer los instrumentos de todos los suplicios que pueden hacer sufrir a un cuerpo humano, y amenazó al diácono con hacérselos sentir enseguida si no descubría los tesoros de la Iglesia y sacrificaba a los dioses. San Lorenzo se negó con gallardía; por eso Valeriano lo hizo azotar con varas y suspender en el aire, y le hizo quemar los costados con láminas de hierro al rojo vivo. Todos estos tormentos los soportó San Lorenzo con la confianza puesta en la fortaleza de Dios:

«Adorable Jesús, Hijo único del verdadero Dios, usad de misericordia con vuestro siervo, que, al ser acusado, no ha flaqueado en confesar vuestro nombre en medio de las más horribles torturas».

Tan grande era la serenidad del santo diácono en medio de los tormentos que le infligían, que Valeriano sintió exasperarse sus ánimos:

«¿No veis, Romanos, que los demonios vienen en socorro de este sacrílego, que no teme ni a los dioses ni a vuestros príncipes, ni las más rigurosas torturas?».

Y lo hizo flagelar con azotes guarnecidos de plomo, lo extendió sobre el potro para dislocar todos sus miembros, hizo desgarrar sus carnes con escorpiones, y le infligió otros suplicios. Mas como San Lorenzo seguía confesando a Cristo y replicaba audazmente al emperador, Valeriano le hizo golpear la boca con pie-

dras, y mandó finalmente traer a su presencia un lecho de hierro en forma de parrilla, bajo el cual hizo que se encendieran carbones para asarlo a fuego lento, a fin de hacer durar más el cruel suplicio. Mientras así era torturado, el emperador lo insultaba, urgiéndole con más rabia que nunca que sacrificara a los ídolos; y sus verdugos clavaban en su cuerpo grandes forcas de hierro, para ajusticiarlo a su manera. Pero San Lorenzo, inmovible, se volvió hacia el tirano y le dijo:

«Sabe, miserable, que tus fuegos son un refresco para mí, y reservan todo su ardor para quemarte a ti eternamente, sin consumirte jamás».

Y con un rostro alegre y radiante, le dijo también:

«¿No ves que mi carne ya está asada de un lado? Dale la vuelta del otro».

Cuando los verdugos así lo hubieron hecho, dijo a Valeriano:

«Ahora mi carne ya está bastante asada; toma de ella y come».

Finalmente, después de dar gracias a Dios por abrirle tan felizmente las puertas del cielo, San Lorenzo rindió su espíritu en las manos de Dios, y fue a recibir las coronas debidas a su celo y a su constancia.

A la mañana siguiente, Hipólito y el sacerdote Justino llevaron el cuerpo de San Lorenzo a la catacumba del Campo Verano, a dos kilómetros de los muros de Roma. Muchos fieles estuvieron presentes en sus exequias, y permanecieron allí durante tres días y tres noches, ayunando, velando y llorando sobre la tumba del santo arcediano, que tanto bien les había hecho. Al final, el bienaventurado Justino celebró la santa Misa y dio la comunión a los asistentes, que se retiraron porque el ruido de su devoción se difundía ya en la ciudad, y les hacía correr el riesgo de ser objeto de la furia de los enemigos de la Iglesia.

5º Frutos del martirio de San Lorenzo.

San Agustín y San León Magno dicen que Roma no ha sido menos honrada por el martirio de San Lorenzo, que Jerusalén lo fue por el martirio de San Esteban. Prudencio, en hermosos versos, dice que el martirio de San Lorenzo fue la muerte de la idolatría, y que por él el paganismo comenzó a caer en decadencia, y el nombre cristiano a ser victorioso. Otros autores le atribuyen la libertad que la Iglesia conseguiría medio siglo más tarde.

Por eso, Roma siempre tuvo gran devoción a San Lorenzo; lo constituyó Patrono secundario de la ciudad, y le edificó un hermosísimo templo en el lugar de su sepulcro, *San Lorenzo Extramuros*, que es una de las siete Basílicas Mayores. Además de este templo, cuenta San Lorenzo con otras siete iglesias en Roma, en las cuales se conservan reliquias de su cuerpo y de sus cenizas, de la parrilla en que fue asado, y de los carbones e instrumentos que sirvieron para su suplicio.